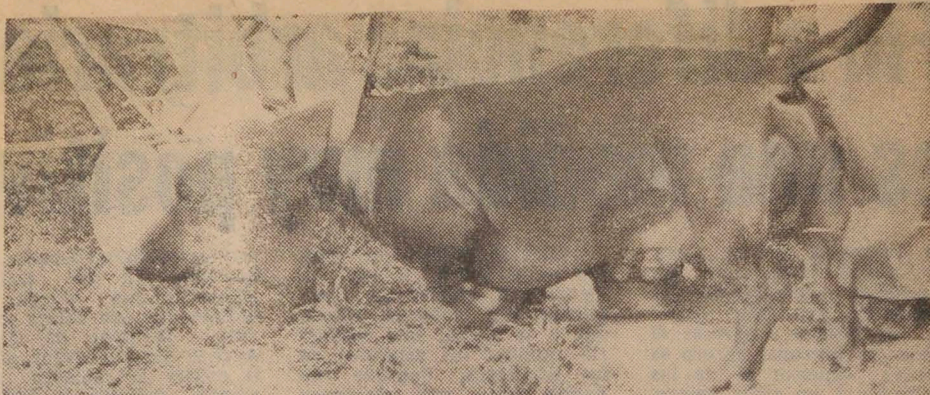


Perros



■ No ha sido posible seguir con precisión el rastro del primero que acuñó la frase: "Mientras más conozco a los hombres, más amo a los perros". Ella es atribuida a distintos pensadores, filósofos y estadistas. Y es que, con distintas variantes, ha sido expresada por muchas personas en muchas épocas. Digamos que es un pensamiento generalizado.

Es muy noble el amor a los animales y es lógico que él se particularice en los domésticos y especialmente en el perro, cuyas características de fidelidad son sobradamente conocidas. Pero, curiosamente, cuando se expresa este amor a los perros, aparece siempre subyacente un desprecio al ser humano o un exagerado amor por sí mismo. A muchos hombres habría que hacerles una variante del mandato cristiano de "ama al prójimo como a ti mismo", por un "ama al prójimo como a tu perro".

Porque el amor a los perros no siempre va unido al amor a los hombres. Era frecuente ver en los noticieros de la época a Hitler acariciando su perro regalón, al mismo tiempo —ahora lo sabemos— que ordenaba el genocidio del pueblo judío. Federico el Grande, que no pasó a la historia justamente por su bondad y caridad, tenía dos perros regalones llamados "Biche" y "Alceme", a quienes consentía lo que jamás habría aceptado de sus más obsecuentes cortesanos.

En Estados Unidos y en Europa existen cementerios de perros. Lo que más llama la atención del visitante es que esos establecimientos exhiben una limpieza y un cuidado que revelan una preocupación de los "deudos" que no se equipara a la de los cementerios de humanos. Los epitafios en las tumbas de perros revelan, las más de las veces, un dolor y un sentimiento no comparables a los que se leen en el composanto.

Lord Byron es autor de uno de estos epitafios a su perro regalón. En él se lee:

"Cerca de este lugar reposan los restos de un ser que poseyó la belleza sin vanidad, la fuerza sin la inocencia, el valor sin la ferocidad y todas las virtudes del hombre, sin sus vicios".

No está mal que el romántico poeta inglés, en encendidos versos, recuerde a su perro, pero ¿por qué en ellos tendría que echarle barro a los hombres? Era tal la afición de Byron por su can que cuenta la crónica que a su mayordomo, el hombre que siempre estuvo más cercano a él, le ofreció, como premio de sus leales servicios, enterrarlo al morir junto a su perro. La crónica también cuenta que el mayordomo, con humana humildad, declinó el honor.

Otro poeta, el francés Francis Jammes es recordado, entre otras obras, por un poema a su perro. En sus versos, sin embargo, revela la naturaleza de su amor al animal, que no es otra cosa que un amor a sí mismo. Su perro es el único ser viviente que lo amó como a un Dios:

"¡Oh servidor, qué ejemplo me has dado tan seguro tú que supiste amarme como, a su Dios, un santo".

Y cuando no es el egocentrismo el que determina el amor a los perros, lo es la misantropía. A pocos se les puede calificar de misántropos con mayor propiedad que a ese amargo filósofo que fue Schopenhauer, quien, por cierto, si no amaba a los hombres y menos a las mujeres, sentía una ferviente inclinación a los perros. De él es este pensamiento: "Si no hubiese perros, no me gustaría la vida".

El amor a los perros nace, en definitiva, de cualidades que éstos tienen y que ningún amigo es capaz de poseer. ¿Tiene alguien algún amigo al que, cuando uno le habla, lo mira con gran atención, lo escucha con gran respeto y, más aún, mueve la cola?

Para comprobar lo anterior, acabo de hacer un experimento. He leído esta crónica que, por cierto no es de alabanza a los perros, a mi fiel, querido, inapreciable viejo y peludo dachshund, quien me ha escuchado con sus ojos muy abiertos, y, después, en inequívoca señal de estar de acuerdo ha movido su cola y ha lengüeteado mi mano.

Si algún lector también reacciona así, podríamos olvidarnos de la socorrida frase: "Mientras más conozco a los hombres, más amo a los perros".

PARTIQUINO